



Carta abierta a Ramón Griffero o la historia de una pasión fingida

Marco Antonio de la Parra

Dramaturgo y médico psiquiatra

Ramón, no puedes ser así con Goldoni. No es que me guste particularmente su obra dramática ni que me apasionen como a un purista sus ideas sobre el teatro, como tampoco soy partidario de puestas en escena ortodoxas y demás está decirlo que tus aportes están entre los más importantes de la última década en el teatro chileno.

El problema es que se nota demasiado que Goldoni te carga. No se puede escribir ni poner en escena sin un poco de amor por lo que se hace, por la materia escogida, por las herramientas con que se dispone. Como tampoco se puede crear nada sin un poquito de odio. El amor ciego por el tema lo único que genera son obras de propaganda o lecciones didácticas a las que sólo la pátina del tiempo confiere el doblez de la ironía, la reflexión de la nostalgia, el desgarrar del tiempo perdido. El odio definitivo por un texto sólo permite la parodia.

No te enamoraste de Goldoni y se nota. Fuiste caricaturista y casi cruel, dejando toda Venecia convertida en un imperio de idiotas. La posibilidad de investigar el humor de una república de mercaderes, el chiste que eso permitía con nuestro

tiempo, los repliegues que se ofrecían en la ambigüedad del personaje andrógino que desataba pasiones cruzadas, todo eso se perdió en tus maravillosos efectos.

Confieso que no asistí al estreno. Son siempre en medio de la semana y mi copado horario destina esos días para una asediada vida de familia. Me contaron de tu puesta con el entusiasmo sin límites que sueles generar y partí confiado. Llevé a mis hijos y me hiciste una broma al entrar: "Parece que me voy a poner a hacer teatro infantil". Lo que me parece un honor y un orgullo, darle al teatro adulto la potencia provocadora e imaginativa del mejor teatro para niños.

Pero mis hijos se anduvieron aburriendo. Hiciste hablar a toda velocidad a los actores, apurando un texto que no te interesaba lo más mínimo y que por lo tanto a nadie interesó. Los efectos aparecían a través del rico trabajo de Gabriel Prieto, uno de tus fetiches actorales y comediante de fusta, y, lo peor, me habían contado todas las sorpresas. El ratón me lo había imaginado enorme y la máquina de volar perfecta; la mosca realmente creí verla pasar en

mi mente y todo quedaba en sorpresa para muy ingenuos, o sea, para adultos que han olvidado la costumbre de esperar ver más allá de las imágenes.

Tú y yo tenemos un viejo debate sobre el tema de la palabra en el escenario. Lo solucionamos más que armónicamente en el montaje de **El deseo de toda ciudadana**, donde te sobabas la frente angustiado cada vez que me atrevía a sugerirte ciertos puntos de vista.

El deseo... debería reponerse y estoy seguro aclararía mejor estas notas. Tu Goldoni está construido con todo tu odio; es un espectáculo de un director decepcionado, a contrapelo, tratando de animar una fiesta decadente y aburrida, con trucos ingeniosos, pero de otro circo.

La pregunta es obvia. Que te hayan llamado a ti a dirigir en la Católica me parece espléndido. Mi duda es que te metieron en la misma habitación con Goldoni. Es como esas citas a ciegas donde uno no halla qué hacer con una pareja empolvada, fuera de ponerse frenético o hacer chistes de todo tipo y saltar por encima de las mesas para por lo menos entretenerse solo.

No sacaste nunca a bailar a Goldoni, no te dejaste llevar por su música. No hubo ni una gota de amor más que los tuyos de siempre: el comic, el expresionismo (diluido esta vez, por desgracia), los hermanos Marx, todo el cine de la tierra, tus golpes de efecto, tu imaginación atrapada en las redes de un texto al que no le sacaste ni un solo destello.

Había un tema sexual precioso bajo la comedia de equivocaciones, había una malignidad disfrazada de picardía que podía dar una risa más amarga, había una estupidez general que necesitaba

una crítica menos figurativa. Pienso yo, por lo menos.

Pero, te lo dije, los chistes me los contaron, y por eso me aburrí soberanamente. Gabriel me divirtió, lo confieso, pero no hay nada que me perturbe más que un director que no está cómodo.

Por eso que con mis textos mantengo un cierto básico respeto por quién lo ponga en escena, conservando sólo la posibilidad del derecho a pataleo, pero sin verme jamás como el dueño de la pieza.

Cosa de transar, de permitir que se provoque entre director y escribiente el nítido placer del teatro. Ese melancólico sentimiento de crear. Que no es la parodia, plebeyo goce destructivo, sino el siempre doloroso hábito de releer, el pastiche quizás, la nostalgia bien entendida, el desgarrar que toda obra de arte necesita.

Y rara cosa, si con alguien aprendí a meterme en áreas más profundas, sin temor a las tintas fuertes ni asco de una crueldad estética sin contemplaciones en el tratamiento de lo más cruento, fue contigo en el trabajo de **El deseo**.

Por eso mi enojo con tu Goldoni. Y, sobre todo, mi pregunta al Teatro de la Universidad Católica: ¿Por qué Goldoni?; además, ¿por qué no darle una mejor oportunidad a un director como Ramón Griffiro?

La entretención, si bien debe ser parte del espectáculo teatral, no es EL sentido de nuestro oficio. Incluso, puede ser la pérdida de una época que ha confundido la historia con el show de televisión y la mitología con el noticiario.

El espectáculo debe detenerse.

El Servidor de Dos Patrones: Josefina Velasco, Rolando Valenzuela, Elvira López, Mario Montilles, Ricardo Balic y Eduardo Soto (Foto: Ramón López).

